

LA ACTUALIDAD.

Panamá, 25 de Noviembre de 1884.

LA ACTUALIDAD.

Reforma constitucional.

Es ya indiscutible el anhelo público en favor de una reforma de la actual Constitución nacional.

Ese anhelo se manifiesta, ya en las sociedades políticas, ya en los periódicos, ya en el mismo Congreso, y sólo necesita, para triunfar definitivamente, que se cumplan determinadas fórmulas legales.

Nació no hace mucho tiempo, y cobró existencia más vigorosa cuando perdida la esperanza de una regeneración puramente administrativa, los espíritus hambrientos de seguridad y sedientos de orden, comprendieron la necesidad de buscar por el amplio sendero de las leyes, lo que no podía hallarse en el angosto sendero de los hechos.

El Estado de Panamá acaba de manifestar su voluntad en pro de la reforma. Los legisladores de 1884 han visto, sin duda, cómo se eclipsa con el régimen actual el astro de la soberanía del pueblo; han visto asimismo, que colocados nosotros en la mayor imposibilidad de alcanzar siquiera el respeto a que somos acreedores por mil títulos de abnegación y lealtad, ha llegado el momento de procurar que se rasgue el pesado velo con que se nos viene cubriendo y de poner término, por cualquier medio, a la oscura intolerancia en que se nos envuelve.

La Constitución de 1863 es una obra grandiosa.

Pero como toda obra humana es imperfecta.

No concede a la autoridad el prestigio que debe tener, ni determina la sanción a que debe sujetarse. Abre así las puertas, por un lado a las arbitrariedades del Poder público, y por el otro a la "horrible tiranía" de las masas.

No da garantías amplias de orden ni de estabilidad en medio del torbellino de las pasiones desastrosas de nuestra ardiente política.

No pone a la sociedad al amparo de los ambiciosos vulgares.

Es un conjunto de bellezas artísticas, acumuladas sin la necesaria trabazón, y sin el necesario concierto.

Las guerras civiles han llegado a ser tan frecuentes que en los países extranjeros no llama la atención la noticia de que nos estamos matando, ni se da crédito a la noticia de que la paz se halla asegurada.

Sufrimos una enfermedad crónica de la cual no nos salvaremos sino con los medios que brinde la reforma sabiamente meditada y oportunamente puesta en práctica.

Contrayendo los comentarios a nuestra especial situación, aquí en el Istmo, la urgencia de adoptar pronto esos medios se hace más y más sensible.

El Istmo es débil; no tiene ejército con que defenderse de las agresiones nacionales.

La convicción de que esto es cierto, produce como resultado principal, ya que la corrupción política ha llegado a los más graves excesos, que el Gobierno de la Unión, sea cual fuere, cuente siempre para sus combinaciones con imponernos su voluntad, ya valiéndose de las amenazas, ya de la fuerza material.

Puede otro Estado opinar como guste cuando se acercan las elecciones. Panamá ha de opinar como se le mande.

Un Jefe se anuncia desde lejos. Viene, viene, llegó! El alarma principia; la desazón se aumenta; y es que se sabe que ese Jefe debe traer la

lana de la discordia y el secreto de una nueva humillación. Es que no se ve en él al hombre respetuoso de las leyes y de la moral republicana, sino al hombre capaz de todo por satisfacer a costa de nuestra debilidad, sus caprichos casi siempre inicuos, o los del mandatario que lo envía.

Esta marea de comisionados nos ahogará al fin si no la detenemos.

Cada comisionado es una nueva plaga; es un nuevo depósito de intrigas que el patriotismo condena.

Decimos: "Está en Barranquilla el Mariscal Piedras o el Doctor Caliche que viene con una misión importante del Gobierno nacional," es como si se gritara que se está incendiando la casa vecina.

Porque ese señor Mariscal y ese señor Doctor, al llegar aquí han de juzgarse árbitros exclusivos de la situación y supremos electores; porque han de hacernos exigencias más o menos interesadas; porque han de promover el mal y de agitar los acontecimientos del modo y manera que su caletre les sugiera; y por que han de pasearse por nuestras calles arrastrando la manta y escupiendo por el colmillo, con un aire de arrogancia tal, como si repitieran a cada paso las siguientes palabras del rey de Argel citadas por Cervantes:

Chito. Chifuz. Breguede, al punto atalde. Abriede, desollalde y aun matalde.

La llamada soberanía del Estado no existe más que en la Constitución y la ley; es el juguete con que se divierte el primer niño que se presenta.

Un tiempo el país creyó en ella y quizo darle eficaz apoyo. La sangre no se ha secado todavía.

Hoy, con el deseo de la paz, todo lo soportamos y a todo le inclinamos la cabeza.

Pero en el fondo se nota, a poco de emplear una observación inteligente, que se está verificando algo que indica un próximo cambio, enteramente legal y doctrinario, de actitud y de conducta.

El país quiere la reforma porque detesta el engaño.

Quiere que se diga terminantemente qué eficaz garantía puede tener el federalismo contra las absorciones criminales y los atentados del poder, o que se destruya por completo el régimen actual y se sustituya por otro que realice aunque sea descaramadamente la aspiración de ciertos individuos de centralizarlo todo.

Nosotros amamos la federación; pero no podemos amar la manera como se la practica; pero no podemos mirar sin repugnancia que hasta los más insignificantes detalles de la administración seccional, dependan de extrañas influencias y de extraña voluntad.

Para qué fué la guerra de 1860?

Por qué se sacrificaron tantos hombres útiles y se consumieron tantos cuantiosos recursos?

No sería sin duda para pasar de una farsa a otra. Sin embargo esto ha sucedido, y hoy no queda de la federación más que el recuerdo y el entusiasmo en almas generosas.

Un Congreso nacional constituyente puede y debe darle mejor forma al sistema político, establecer sanción más clara, devolverle el perdido prestigio a la autoridad de las secciones y moralizar el sufragio.

De otro modo, tarde o temprano el país buscará por las artes de la guerra lo que no ha logrado por las artes de la paz.

Por fortuna el ilustre ciudadano que hoy dirige los destinos de la República se ha dado clara cuenta de la situación, y ha promovido la adquisición del remedio que para ella es de todo punto indispensable.

Unión a todo trance.

Vamos retrogradando con una rapidez asombrosa. Los principios morales se hallan casi en absoluto desprestigio; las nociones rudimentarias de la ciencia política están punto menos que desconocidas.

Esfuerzos supremos de pasiones y de ambiciones sin medida nos llevan como de la mano a lugares oscuros, donde la misma aparente normalidad no es en el fondo sino persistente lucha de intereses personales.

De qué modo cae en vicios de decrepitud un pueblo que hasta por su privilegiada posición y por el desarrollo de su riqueza parece llamado a conservar el vigor y la fe de los primeros años de existencia civilizada?

Difícil sería dar satisfactoria respuesta a esta pregunta.

Anotamos el hecho, tal como el patriotismo contristado lo mira y lo aprecia: nada más y nada menos.

Observamos, sí, que lo ocurrido aquí durante los últimos meses señala con claridad y precisión, el punto culminante hacia el cual debemos dirigirnos para encontrar el remedio de los males que nos persiguen; punto que resplandece como si estuviera bañado por los rayos de una aurora de esperanzas.

Sacódió que el Gobierno, obligado por graves convicciones tal vez erróneas de carácter nacional, tuvo que contrariar, a fines del año último, el querer de gran número de los hijos del Istmo. Esta dolorosa necesidad, satisfecha, produjo rencores y enojos, y dió lugar a una sed de venganza no mitigada ni un instante por las aguas corrientes de la cordura y de la educación, únicas que sirven para refrescar el espíritu.

El Jefe del Estado se vió rodeado de una atmósfera perjudicial; pero seguro de su lealtad a los principios, y de su adhesión a la bandera que con sus esfuerzos se había levantando triunfante; juzgando, además, que mediante la conservación de eficaces influencias podría más o menos tarde borrar del cuadro de la política todo aquello que le daba lúgubre aspecto, siguió por el camino de tolerancia que de antemano tenía abierto, y procuró no herir ningún sentimiento, ni siquiera el sentimiento de la rebelión. Conducta de generosa expectativa fué la suya.

Pero los acontecimientos se precipitaron; y el Estado más hambriento de paz, tuvo que sufrir los golpes en mala hora descargados de un atentado judicial, y los perjuicios de una situación irregular y escandalosa.

De allí, y sólo de allí surgió lo que después hemos tenido que ver y hemos tenido que sufrir.

A quién debe atribuirse la responsabilidad positiva y directa ya que se trata de precisar la verdad histórica?

No será sin duda al poder público administrativo del Estado a pesar de su descuido, y hasta de su excesiva tolerancia, porque al fin y a la postre el uno y la otra han aborrido lágrimas y sangre.

No será tampoco a los mismos que hasta hace poco han figurado como agentes del desorden; porque el espíritu humano en sus excesos, como el agua de las grandes avenidas, no se dirige sino por el cauce que encuentra abierto.

La responsabilidad, y es para nosotros muy doloroso manifestarlo, pesa únicamente sobre los que con el eficaz auxilio de la fuerza, y aguijoneados por compromisos injustos, estimulan los deseos artes contrariados

y las ambiciones antes combatidas para causar agitación, y resolverlo todo en medio del desconcierto que nace de la violencia empleada contra el Gobierno que confía en los dictados de la lealtad y del honor.

Pueden ser más o menos eficaces los instrumentos que se empleen, y más o menos funestos los medios a que se apele. Para ciertas personas no hay mas que resultados.

¿Qué importa por ejemplo, una protesta de los diversos gremios o asociaciones que buscan el acrecentamiento del capital y que abren amplios senderos a la actividad progresiva del país?

¿Qué importa la posibilidad—ni aun la misma seguridad—de que intereses extraños atacados y heridos vengan a causarnos mortificación con reclamaciones comprobadas?

El pirrito de dominar ha adquirido forma y fuerza extraordinaria. Es como el cólera que nada respeta, y.... que nos viene de lejanas tierras.

A primera vista podría y debería suponerse que Colombia entera está interesada en contribuir aquí a "recuperar la normalidad de la situación;" pero los hechos demuestran que los agricultores de más limitados conocimientos, cuando en otras partes nada han conseguido, vienen aquí a buscar abundante cosecha, seguros de que no tendrán que dedicarse sino al trabajo fácil de arrojar la semilla, y de remover la tierra hasta determinada profundidad. Agricultores decimos, porque la comparación a ello nos obliga.

El Estado de Panamá, según la feliz expresión del Ciudadano Presidente no es sino una ficha que en el juego de la política nacional suelen mover a su gusto los que en ese juego intervienen amparados por las probabilidades que da la fuerza.

No es sino un voto que se necesita en San Carlos, para el bien ó para el mal.

Su opinión jamás se consulta. Si el poder establecido da señales de vida, lo cual es grave—ó de independencia—lo cual es más grave todavía, entonces se adopta uno de estos dos recursos: ó el simple derrocamiento como el 12 de Octubre y el 7 de Mayo, ó el apoyo a los elementos de desorden como el 2 de Julio. De uno ó de otro modo se llega al fin: la imposición de una voluntad que bien puede ser racional ó absurda, pero que generalmente resulta en todo y por todo perjudicial a la ley, al derecho y a la prosperidad de la República.

La persistencia con que el señor Zaldúa primero y el malogrado señor Otálora después, procuraron la caída del señor Cervera cuando éste a nombre de lo que en su concepto exigía la opinión local, y en guarda de su propia y acrisolada lealtad política se negó a favorecer los planes atentatorios de ambos, fué sólo un síntoma del mal que de antigua fecha viene debilitando todo los resortes de nuestro mecanismo administrativo; mal de que se nos hace responsables con frecuencia, cuando realmente no depende ni de nuestra educación, ni de nuestro carácter, sino del estado de debilidad a que nos tienen reducidos las altas, ó si se quiere, las bajas combinaciones nacionales.

Cuando el termómetro sube, entre nosotros, es sólo porque la intriga ó la violencia importadas, proueden a nuestro alrededor el fuego de la discordia.

Cómo salvarnos de una completa catástrofe?

Cómo contribuir a nuestro futuro engrandecimiento, que es, en parte muy principal, el engrandecimiento de toda la República?

Uniéndonos en grandes ideas, y en propósitos elevados; dando un ejemplo de lo que puede entre pueblos civilizados la percepción del mal y el vehemente deseo de remediarlo; cerrando para siempre la desgraciada época de las luchas que nos aniquilan y nos desacreditan; y asumiendo un carácter tan digno y tan noble, en el conjunto de la política y en los detalles, que nadie, ni los más desalmados, sean osados a poner el sello de la arbitrariedad sobre el pendón de nuestra soberanía.

Efectuada la unión, cobrarán mejor aspecto los asuntos relacionados con la administración pública; y no habrá necesidad de acoger lo que, aunque inútil para el adelanto social, se deriva por natural derivación de las exigencias momentáneas que en tono imperioso y ameazante suelen hacernos todos los días.

Las Asambleas serán conjunto de virtudes y de merecimientos; no corporaciones nombradas para determinados fines ajenos al positivo interés común.

Apelamos al patriotismo de los istmeños. Unirnos es salvarnos.

Lo malo que fué, sea cubierto tras el oscuro velo del olvido.

Sigamos adelante en busca de nuevos aires y de nueva luz; aires de dignidad como pueblo soberano; luz de altivez como pueblo progresista.

La moralidad política.

Han pasado ya las elecciones de miembros de los Concejos Electorales; y el resultado, de todos conocido, nos sugiere reflexiones que conviene presentar franca y lealmente aun cuando hieran intereses personales y reputaciones políticas.

Suelen los pueblos engañarse, con frecuencia seducidos por las promesas de los que sobre ellos logran cierto ascendiente momentáneo; y cuando menos lo piensan, aparecen como colaboradores de un trabajo ingrato que tiende a consumir los grandes recursos de la vida democrática, y que tiende a sepultar la honra colectiva en profundidades lóbregas.

Y esto que generalmente es verdad, lo es más todavía entre aquellos que no han recibido el bautismo sagrado de la instrucción, de esa instrucción que refresca y vigoriza el entendimiento, al par que eleva los sentimientos del alma, y purifica las expansiones del criterio.

Las intrigas más o menos habilmente urdidas se presentan a los ojos de esos pueblos con matices seductivos; las ambiciones desapoderadas brillan ante sus ojos con el ropaje del desprendimiento; y hasta el mismo impulso del despecho aparece como señal de heroísmo y de grandeza.

Así preparado el campo, qué de extraño tiene que crezca la planta que envenena, y que se confundan sus frutos con los que pueden servir de sano alimento, y sus flores con las que pueden proporcionar delicias inocentes?

Mientras llega el día de la regeneración por la ciencia difundida y por la virtud practicada; mientras se logra convertir el turbio raudal de las pasiones insensatas en claro arroyo de nobles sentimientos, expongamos a fuer de observadores lo que resalta en el cuadro de nuestra infausta política, donde pocos son los rasgos que indican superioridad de espíritu, y pocos los colores que demuestran la combinación del patriotismo y la honradez.

Nada más doloroso para nosotros, pero quizás más útil. Nuestro corazón se halla torturado ante la necesidad de exponer al aire libre las llagas que afean y corroen el cuerpo de la política; pero el mismo nos dice que sin hacer el examen del mal, es imposible descubrir el remedio; que sin enseñarles a los incautos cómo su misma ignorancia y la ajena malicia los han colocado sobre la candente arena y bajo los rayos abrasadores, no podrán, no, convencerse de la urgencia en que están de marchar tranquilos hacia la alegre arboleda.

A fuerza de tradicional costumbre y

de apego a antiguas leyes, la generalidad mira con profundo desagrado la prolongación del mismo régimen administrativo por más de dos años, y suele preferir las luchas que se derivan de toda renovación, a la tranquilidad que se deriva de una estabilidad que aún no se reconoce ni se desea.

Jugar con esta natural inclinación, ha sido la labor de algunos pequeños círculos opositoristas; círculos que, si bien dislocados en su propio organismo, han buscado el modo transitorio de entenderse y de ampararse mutuamente para producir por lo menos junto con el desconcierto de las ideas el horrible desconcierto de los hechos.

Pero a pesar de todo, nada injusto habrían alcanzado, si en su lamentable anhelo, no hubieran apelado al recurso tan socorrido de extender los límites de las imposiciones nacionales, esas que tantas víctimas han arrancado al pueblo y que de tantos cadáveres han llenado nuestros cementerios.

Parecía ya olvidado ese recurso; parecía que nadie sería osado a abrir el doloroso surco un tiempo preparado para recibir semilla de maldición y de exterminio.

Pero los intereses pequeños suelen inducir a los más graves errores, cuando obran directamente contra almas que no han estado cobijadas por influencias superiores.

De lucha en lucha hemos llegado, así, al estado en que hoy nos encontramos.

Como ninguna reacción, aun la peor, deja de proclamar un principio cualquiera, ni de escoger el que con más facilidad puede impresionar los espíritus, la nueva reacción istmeña proclamó y escogió el principio del sufragio libre; principio que ella misma había desdiseñado pero con un desen absoluto, escandaloso é inmoral.

Cedió todo a la nueva faz de la situación; cedió también el Gobierno, convencido de que al fin y a la postre quedarían deslindados, bajo el poder de las pruebas, los dominios de la probidad política y los dominios de la simple é infundada ambición.

Se ha dicho frecuentemente que el Gobierno hizo mal en permitir que se rectificara el resultado salido de las urnas; pero nosotros opinamos que hizo bien. La responsabilidad histórica no es despreciable; y todo mandatario que cuente con que no se han debilitado por completo los resortes de la moral pública, debe, en casos análogos, propender a la concordia para que la intriga llevada al exceso quede en toda su horrible deformidad, y para que un derecho más claro, el que se funde sobre sólidos cimientos de fraternidad democrática, hupida que manos extrañas profanen el santuario de la dignidad y de la soberanía del pueblo.

Los resultados por ahora han comenzado a manifestarse con eficaz elocuencia.

Una Corporación, en la cual se hallaban representados, sin excepción alguna, todos los elementos, acaba de elegir los Concejos Electorales; pero no consultando, como a grito herido se decía, la honradez como mérito, ni prestando de las opiniones políticas.

Los conservadores se han apoderado del Concejo de Chiriquí primero, y luego del de Veraguas; y hoy no es un misterio para nadie que en tales Departamentos el partido liberal no tendrá ni un solo voto. Proscrito por sus enemigos de muerte, quedará sin representación ninguna. Su esperanza está perdida.

Ya se anuncia quiénes aparecerán favorecidos en los registros de votaciones que tendrán preparados para salvar las simples formulas legales; ya se asegura quiénes vendrán a la Asamblea Constituyente en nombre del partido de las tumbas, ó si se quiere, en nombre del partido conservador.

Y es de observarse que ese partido ha sido el auxiliar más asiduo de todas las rebeliones pasadas, y que explicaba su extraña conducta con la

curiosa aseveración de que en su concepto, y según sus revelaciones místicas directamente recibidas de la región de los inmortales, la voluntad popular no se había manifestado independiente de toda influencia directa del poder público.

Le llegó el instante de probar su moralidad política, y se vio claro lo que ella valía, y lo que de ella debía esperarse.

Escrutar es elegir se han dicho en lo interior de su bienaventurada conciencia los conservadores: tengamos escrutadores y tendremos victoria.

Después de lo que van a hacer ahora, nos vendrán con la importante i consoladora nueva de que todo lo deben a la influencia de sus ayunos y de sus misas y de sus antifonas y de sus latines; y no faltará quien nos cuente el visible esfuerzo de espíritus celestiales en favor de ellos, los felices creyentes.

Pero nosotros acá, en la lógica severa del mundo y en el juicio severo de los hechos, afirmaremos siempre que no pueden presentarse pidiendo el predominio de la libertad y el derecho, los que en todo no han tenido más interés que el de adquirir ganancia para sí mismos por los medios que conducen a la negación del sufragio, que es en sustancia la negación del pueblo republicano.

Influencias denigrantes é imposiciones odiosas solicitaron los tales conservadores para llegar al resultado que han obtenido; y el país entero sabe que esas influencias recorrieron hacia abajo toda una escala tenebrosa, y que esas imposiciones fueron tan adelante que al fin se manifestaron en forma de amenazas que sólo pudieron tolerarse en beneficio de la paz y la tranquilidad.

El tiempo señalará a los responsables de tamaños escándalos, y a los que han procurado entregar la bandera liberal que "nunca los enemigos vieron abatida ni en las democráticas lides ni en los campos de batalla."

Pero lo más extraño de todo es que el partido conservador se ha separado de las más sencillas y naturales prescripciones de la política.

Caido de tiempo atrás, no ha podido moralizarse; antes bien se ha corrompido.

Va por un camino que conduce a todos los delirios del despecho y a la más cruel negación del sufragio; y en su afán de conquistar siquiera un puésto ó de arrebatarlo, así como hoy destruye los dogmas de la República, mañana romperá hasta el Catón cristiano. Como que se ha vuelto utilitarista....

El partido liberal debe reunir sus diseminadas fuerzas y prepararse para la lucha que una vez más, y por necesidad, tiene que principiar muy pronto.

Debe amparar la moralidad que sus adversarios han quebrantado.

Y sin seguir sobre las huellas de los errores de otros tiempos, sin cerrar ninguna puerta al mérito, debe, por último, reunir desde ahora los materiales que requiere la obra grandiosa de la reconstrucción de nuestra autoridad seccional y de nuestros derechos como pueblo soberano.

Reflexiones.

En un editorial del número 117 de *El Debate*, titulado "La tarea de ciertos radicales," encontramos los conceptos siguientes:

"El señor Hurtado ocupó el puésto del señor Núñez, por elección del partido independiente apoyada por los radicales, no por amor, sino por odio á otro hombre y por la fuerza de las circunstancias. Hablaronle éstos al oído y en el acto se combinó el plan que había de dar en tierra con el partido independiente. Mas de repente, cuando creían que el señor Núñez agonizaba ó estaba en Europa, telegrafió éste su intención de venir a ocupar su puésto. Aquí de los esfuerzos para impedir su venida, antes de que produjera efecto el plan! La primera víctima era el señor Cervera; la primera ficha ganada era Panamá. Hurtado telegrafió al doctor Núñez que marchase á Panamá, que no le convenía venir á ocupar su

puésto, en telegrama que han visto nuestros lectores de Bogotá. (pues el señor Hurtado no dejó circular fuera el número 103 de esta hoja en que se publicó), con el cual dejaba á un lado toda delicadeza; mas el señor Núñez que ya había cogido los hilos de una trama, apresuró su viaje."

Se ve que los independientes reconocen que el señor Cervera, por su lealtad inquebrantable, fué la primera víctima que en el desarrollo de planes políticos diversos escogieron los adversarios.

Y los hechos demuestran que el mismo señor Cervera ha luchado siempre con resolución perseverante, para no permitir que bajo su dirección administrativa sea destruida la bandera colocada en sus manos.

Proclamada la candidatura del señor doctor Núñez, abrió campaña contra ella el Presidente Zaldivia. Igual conducta observó más tarde, con raras intervalos, el señor Otálora. Cervera se sostuvo como debía; y nadie ignora que una debilidad suya habría comprometido entonces si no destruido para siempre la obra del partido independiente.

La oposición adquirió en el Istmo proporciones excepcionales; hasta se preparó para la lucha, confiando con el apoyo decisivo del Gobierno de la Unión.

La energía bien empleada produjo efectos magníficos; y á pesar de los temores de los unos y de las amenazas de los otros, el señor doctor Núñez logró que el voto de Panamá contribuyera á abrirle las puertas de San Carlos.

Lo que *El Debate* refiere sucedió hace pocos meses, cuando todos aquí juzgábamos que había llegado el periodo del orden y de la conciliación.

El señor Ibáñez tuvo la desgracia de producir un conflicto, acaso agudizado por compromisos de carácter local. Sin embargo, recordó en tiempo lo que su posición social le imponía y lo que su posición política le vedaba, y al fin consiguió que no se derramara una sola gota de sangre.

La educación y el carácter noble de los hombres que en la política influyen, suelen moderar el aspecto de los acontecimientos más graves.

Si al apreciar la conducta del señor Ibáñez, tenemos que pronunciar alguna justa censura, no podemos ni debemos callar lo que se refiere á su condición de caballero.

Al César le damos lo que es suyo. Apenas se supo que el doctor Núñez se había encargado de la Presidencia de la República, los independientes verdaderos del Istmo juzgaron segura la causa por la cual tanto habían trabajado y tanto habían sufrido.

Ellos no pedían sino orden y libertad; para que, sin extrañas y perniciosas influencias, el mismo Gobierno local pudiera emprender la labor generosa de conciliar con el poder público, á los que después de la lucha electoral se hallaban profundamente heridos en sus aspiraciones y hasta en su amor propio.

Pero de improviso la situación cambia desfavorablemente. Jefes militares venidos de lejos como amigos, tornan en declarados adversarios; y prestando de toda consideración y de todo respeto á la ley; comprometiendo la misma integridad de la República, hacen levantar el fatídico estandarte de la guerra y hacen espúrcir el alarma, sólo para conseguir la realización de proyectos puramente personales.

Los amigos del Gobierno dieron pruebas de sus deseos conciliatorios; y lograron que se convocara una Asamblea Constituyente, y que se cometiera la falta de no escrutar los votos emitidos en la elección de Presidente del Estado.

La oposición más ardiente habría quedado satisfecha; pero faltaba algo todavía; faltaba que la fuerza se hiciera sentir en beneficio de determinada combinación humillante para el Estado; y que esa fuerza, convertida en suprema electora, indicara quienes debían venir á la próxima Constituyente.

Y la rebelión se presentó de nuevo con todo el aparato del escándalo.

Armas, fueron para ella proporcionadas.....no sabemos por quién ni de dónde.....

Al fin concluyó aparentemente la iniciada lucha; no sin reclamaciones ni sin protestas de los que aquí manejan y sostienen intereses neutrales.

Y hoy mismo la intranquilidad sigue, porque se la mantiene en actividad constante.

Sigue el malestar en lo interior y sigue el descrédito en lo exterior.

Propósitos antipatrióticos, como nubes de tempestad, se ciernen sobre nosotros; el horizonte está oscuro.

Quiérese producir una lluvia de cuarenta días, que elevando las aguas quince codos por encima de las altas montañas, ahogue, nó la perversidad como en los

tiempos bíblicos, sino todo lo que nos queda de pueblo digno y soberano.

Que todo esto hiciera y todo esto pretendiera un enemigo resuelto en pugna declarada con las instituciones, sería explicable; pues las pasiones, como la luz del rayo, suelen causar la ceguera.

Pero que lo haga y lo pretenda quien debiera ocupar aquí lugar de amigo, es verdaderamente raro.

Que lo haga y lo pretenda quien más que nadie debiera respetar la lealtad probada y el derecho indiscutible, es dolorosamente asombroso.

"La fuerza nada estable funda," ha dicho el ciudadano Presidente de la Unión; y si alguna prueba reciente fuere necesario, allí está lo acaecido en Santander. Después de todo, y por mala dirección de agentes subalternos, el partido radical ha vencido en el campo electoral. "El Conservador" anuncia este hecho y lo comenta.

A nosotros no nos queda duda de que la amplia política del Presidente Núñez ha sido aquí pesimamente interpretada por los que a última hora adoptan el recurso funesto de las imposiciones.

El doctor Núñez es caudillo de altos méritos y de vasto talento; y él que sabe que el Gobierno de Panamá le ha servido de fiel y constante apoyo hasta en los momentos de mayor peligro, no permitirá sin duda, que continúen llevándose a cabo atentados que rasgan su bandera política, y que destruyen la soberanía y la dignidad del Estado.

El tiempo y la historia decidirán como jueces irrefragables.

Entretanto, esperemos los resultados.

Panamá y sus tragedias.

De La Luz de Bogotá.

Cuando acabamos de escribir nuestro editorial del último número de *La Luz*, llegó a nuestras manos—como nueva confirmación de nuestras melancólicas impresiones—el telegrama de Panamá que en el mismo número insertamos sin ningún comentario. Una patida armada semi-anónima se apoderó, en la noche del 14 ó 15 del corriente, de un buque remolcador inglés denominado *Morro*, y dirigiéndose luego al vapor costarricense *Alajuela*, surto a alguna distancia de la costa, lo aprehendió violentamente, é hizo uso de él con rumbo probable a otros puertos del Istmo. El *Morro*, abandonado por los delincuentes, volvió a Panamá, y el señor Cervera, con alguna fuerza, siguió, a su bordo, en persecución del *Alajuela*; trabóse en el mar un combate muy desigual, por la inferioridad del remolcador, y, con algunas pérdidas en el material y en la tripulación, el señor Cervera tuvo que renunciar a su patriótico propósito de poner al salvo el vapor costarricense, para evitarle a la Nación la vergüenza y el perjuicio pecuniario de las reclamaciones con que será, dentro de poco, asediada.

En vista de lo ocurrido, que tan brevemente narramos por insuficiencia de datos, el Gobierno nacional dictó el 22 del que cursa el enérgico decreto que más adelante reproducimos, declarando turbado el orden general en el Estado de Panamá, y excitando al jefe de las fuerzas nacionales a que proceda a capturar a los culpables y someterlos a la jurisdicción criminal respectiva. Sabemos que se ha dispuesto, además, que el vapor *Colombia*, que debe de estar en el puerto de Buenaventura siga a Panamá a facilitar las operaciones encomendadas al jefe expresado.

El General Santodomingo Vila, nombrado Visitador nacional, recibió por telégrafo, antes de su embarque en Honda, ordenes é instrucciones para dirigirse a Colón por el paquete francés del 26 al 27, y dar inmediata cooperación al Jefe de las fuerzas nacionales. Se ha hecho, pues, por parte de las autoridades federales, cuanto el deber y la previsión exigen—en la medida de lo posible—para cortar eficazmente en su principio la nueva era de desgracia y oprobio que amenaza al Estado de Panamá, en circunstancias de hallarse más que nunca bajo la mirada escrutadora de la civilización universal.

Esta página oscura de la historia política que estamos elaborando los colombianos con la roja tinta que nuestra sangre suministra, mezclada al sudor que brota nuestra entristecida frente, no es, como todo el país sabe, una hoja aislada, sino corolario fatal de larga serie de infaustos precedentes. Después de la conciliación patriótica del señor Cervera y sus amigos con el deseo general de reconstituir el Estado de Panamá, en sen-

tido propicio a las sanas y urgentes exigencias del importante papel que su posición geográfica señala a aquel Estado, nos había sonreído la gran esperanza de una pacífica y magistral solución de las graves dificultades acumuladas en aquella ecuménica, por así decirlo, zona del territorio colombiano. Pero una enfermedad orgánica se burla con frecuencia de los paliativos mejor combinados; y fresca todavía la tinta con que escribió la Asamblea Legislativa su reciente y cuerda convocatoria de Convención, que el país entero acogió con júbilo, tenemos ya entre manos, por no decir sobre los hombros, un nuevo amargo fruto de la venenosa oruga que—griegos y troianos—venimos cultivando desacordadamente hace ya algunas décadas.

Las poblaciones que forman el actual Estado de Panamá vivieron en tranquilidad perfecta hasta el día en que, con las más saludables intenciones, se las refundió, llamándolas a ejercer las delicadas funciones de entidad autónoma. Esta importante transformación quedó sancionada, como acto adicional a la Constitución de la República, en el año de gracia de 1855. La nueva entidad no gozó, sino momentáneamente, las dulzuras de la paz doméstica; porque en 1856 tuvo que soportar el estremecimiento de una tempestuosa campaña electoral, que terminó en un golpe de Estado, de que fué responsable la demagogia, por una parte, y, por otra parte, el encargado entonces del Ejecutivo, señor Francisco de Pábraga. Algunos diputados de la oposición fueron aprehendidos en el mismo recinto de las sesiones, y conducidos luego a destierro despoñadamente.

A ese primer episodio de violencias siguió el moderado y reparador Gobierno del señor Bartolomé Calvo; pero esto benemérito ciudadano no alcanzó a terminar su período, por haberse venido a esta capital a ejercer las funciones de Procurador general de la Nación a fines de 1857 ó principios de 1858.

El resto de ese período, en el que la administración pública quedó a cargo de un Designado, fué de agitación constante. Encargado de la Presidencia a fines de 1858, por elección popular, el señor José de Obaldía, tuvo que haberse ido pocos meses después, con un motín del pueblo del Arrabal, que no fué reprimido sin sacrificio de vidas humanas. La declaración de la elección del señor de Obaldía había sido hecha en medio de otra borrasca, en la mitad de una noche, siendo Presidente de la Asamblea Legislativa el actual Presidente de Colombia.

El señor de Obaldía fué reemplazado por el señor Santiago de la Guardia, que murió heroicamente combatiendo una revolución armada que le hicieron, con recursos nacionales, algunos agentes del General Mosquera en 1862.

En el período siguiente ocurrió la sublevación del batallón Tiradores contra las autoridades legítimas, y la caída estrepitosa del Presidente accidental, señor Leonardo Calancha. Reconstituyóse el Estado por medio de una Convención, y a poco tiempo el Presidente desposeído invadió el territorio del Istmo con una legión de hijos del Cauca, enganchados en dicho Estado. Hubo luego combate fratricida a algunas leguas de la capital, y triunfaron las fuerzas del Gobierno establecido, que presidía el señor Gil Colunje, bajo la dirección del General Vicente Olarte, cuyo oportuno servicio fué después premiado con la Presidencia, que entró a ejercer cuando concluyeron las funciones del señor Colunje.

El señor Olarte no finalizó su período, por haber muerto súbitamente, después de un banquete en que—generalmente se dice—fué envenenado, al tiempo mismo que su Secretario, el señor Manuel Morro.

Convocado oportunamente el pueblo a elecciones para un nuevo período, ocurrió una nueva catástrofe a tiempo de los escrutinios. Hubo en seguida una serie de gobernantes de hecho, que dió camino a nueva elección popular, ó así llamada, resultando Presidente el General Correo. Este le dejó el poder como a título de herencia, al General Gabriel Neira, el cual no logró sostenerse por mucho tiempo, y tras inauditos escándalos en que hubo nueva sangre vertida, llegó accidentalmente a la Presidencia, como cuarto Designado, el señor Dámaso Cervera, a quien derrocó, pocos días después, el batallón *Pichincha* de la Guardia colombiana.

Elegido Presidente el señor Gregorio Miró, tuvo un período administrativo singularmente inquieto por sucesivas conspiraciones de diferente origen y categoría. La última fué encabezada por el General Rafael Aizpuru, quien decía que obraba en sostenimiento de la política del Gobierno federal en aquella tempestuosa época de nuestra historia.

El señor Pablo Arosemena, elegido en reemplazo del señor Miró, sólo duró doce días en su puesto. El General Aizpuru tomó en seguida la dirección del Gobierno; y a éste le reemplazó, un poco más tarde, el General Correo, medio hermano suyo, y el cual, compelido por frecuentes asonadas, y con el propósito tal vez de evitar nuevos escándalos, renunció la Presidencia a principios de 1879, ocupando su lugar el señor Ricardo Casorla.

Al señor Casorla le hicieron dos revoluciones, y en virtud de la última—en que hubo más de comedia que de tragedia, como es notorio—vióse obligado también a renunciar la Presidencia, como su predecesor. Un designado heredó el puesto, y al cabo de pocos meses comenzó a funcionar, por elección popular, el señor Cervera, que es el que más ha sabido mantener el orden, bien que luchando constantemente con celosías é intrigas del más diverso y reprensible carácter.

El Estado de Panamá ha sido, pues, el teatro político donde el régimen federativo ha coincidido más con los públicos infortunios. Desde 1831 hasta 1856 no hubo en aquella sección del país otra anomalía que la transitoria é inermencia de 1841, época de general trastorno nacional, por la intempestiva proclamação a favor del sistema federal que hizo la casi totalidad de nuestras provincias. A partir de 1856, la calma no ha imperado allí sino fugazmente.

Hoy, como al principio, dijimos, nos encontramos en presencia de atentados que comprometen seriamente hasta la integridad de la República. La lógica, tanto en el bien como en el mal, es inexorable; un abuso engendra otro abuso, y el término de la fatal cadena no puede ser otro que el común cataclismo.

El orden será restablecido en Panamá, y los grandes intereses nacionales allí existentes recibirán amparo; pero si la obra de rectificación, que con empeño reclamamos, no se realiza pronta y eficazmente, todo lo habremos al cabo perdido, inclusive el honor.

La política es ciencia experimental, y lo que ha sucedido y sucede en Panamá no es sino la síntesis de lo que sucede—aunque con rasgos por ahora menos pronunciados—en toda la República. Los hechos palpantes nos aconsejan, pues, que salgamos cuanto antes de las veredas sinuosas é inextricables, para entrar en abierto y seguro camino. A nadie en particular acusamos; ni tampoco nos creemos exentos de responsabilidad por los errores en que hemos venido incurriendo; nuestra causa política presente no es la de ningún especial círculo, sino la de la Nación entera. El país está fatigado de proserpciones recíprocas, como de vanas palabras y de esfuerzos sobrehumanos cuyos resultados son negativos. Arriemos para siempre las banderas fratricidas, y para la salud de la Patria, agrupémonos todos en torno del pabellón de Colombia.

Decreto número 156 de 1884

[22 DE OCTUBRE],

por el cual se declara turbado en el Estado de Panamá el orden general.

El Presidente de los Estados Unidos de Colombia,

Por cuanto, según telegrama oficial, dirigido con fecha 17 último de la ciudad de Panamá, ha venido en conocimiento el Gobierno de que una partida armada, procedente de dicha ciudad, asaltó el vapor mercante extranjero *Alajuela*, que estaba anclado en aquel puerto, tomó violenta posesión de él, lo puso en marcha y ejecutó en seguida otros actos punibles, encaminándose, según muchas probabilidades, a algún puerto del territorio del Istmo, con el objeto de cometer nuevos atentados; considerando que el hecho principal de los que se han mencionado fué una agresión ejecutada criminalmente contra intereses del comercio exterior y en aguas sometidas a la jurisdicción nacional; considerando, además, el peligro en que, a virtud de lo expuesto, se encuentran sólo las poblaciones del litoral del Estado de Panamá, sino otros intereses del comercio exterior, como buques, mercaderías y traficantes extranjeros, que pueden existir, al amparo de las leyes de la República, en los numerosos puertos y radas que forman el referido litoral bañado por el Pacífico; considerando, por último, las circunstancias especiales en que se encuentra el Estado de Panamá, con motivo del valioso y frecuente tránsito interoceánico y de los trabajos que se realizan, con el concurso de capitales y brazos extranjeros, para la apertura del Canal;

Visitos los artículos 17 y 66, incisos 5º y 6º, y 19, respectivamente, de la Constitución nacional,

DECRETA:

Art. 1º Declárase turbado en el Estado de Panamá el orden general.

Art. 2º El Jefe de las fuerzas nacionales situadas en el Estado de Panamá, de acuerdo con el Presidente de dicho Estado, procederá, con la mayor actividad posible, a reprimir la perturbación del orden mencionada, hasta obtener la captura de los delincuentes y su sometimiento a la autoridad que deba legalmente juzgarlos.

Art. 3º El Jefe de las fuerzas nacionales, si lo creyere necesario, según el curso de los sucesos, declarará en vigor, en la parte del Estado de Panamá donde ocurra algún movimiento sedicioso, ó donde haya cómplices ó auxiliares de dicho movimiento, las respectivas disposiciones del libro IV del Código Militar; dando cuenta frecuente al Poder Ejecutivo del uso que haga de las facultades que dichas disposiciones confieren a los Jefes militares y el pronto restablecimiento de la paz.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá, á 22 de Octubre de 1884.

RAFAEL NUÑEZ.

El Secretario de Guerra,

J. M. CAMPO SERRANO.

ADIOS.

Como en los juncos de las lagunas
Posa en la noche la errante garza,
Y á las primeras luces del día
Bate gozosa las blancas alas
Ave de paso tendiste el vuelo
Con los celajes de la alborada,
Marcando rumbo lejanas tierras,
Marcando rumbo remotas playas....
Entristecido busqué en los juncos,
Busqué en el nido, busqué en las ramas,
Por si encontraba plumas caídas
Queridas prendas, para besarlas....
Vuelto los ojos hacia el ocaso
Que el sol poniente pintó de grana
Te voy siguiendo con los recuerdos,
Te voy siguiendo con las miradas.
Viento apacible lleve tu nave
A tus risueñas riberas patrias,
Bálsamo suave de lento olvido
Sane la herida que lleva tu alma.

Los sabios dicen y los viajeros
Que en ciertos mares hay una planta
Que va viajando merced del viento
Sobre las hondas y nunca arraiga.
Ay! quién pudiera del hado suyo
Seguir el rumbo como esa planta;
Ay! quién lograra que los afectos
Que son raíces que brota el alma
Nunca nacieran, ó que, nacidos,
Jamás crecieran ni se arraigaran.

Só que el destino pródigo y sabio
Orló de flores la copa amarga
Llevando al alma de los que sufren
La luz divina de la esperanza:
Só que hay oasis en los desiertos
Para el viajero que el sol abrasa;
Que siempre soplan tras la tormenta
Las suaves brisas de la bonanza,
Y que la pena que con la ausencia
Lastima el pecho de los que se aman
Es pasajera, pues se disipa
Como la espuma sobre las aguas.
En tus oídos nuevos amantes
Pondrán bien pronto dulces palabras;
El fuego inmenso que te consume
Será a la tarde ceniza helada
En que levanten otras pasiones
Del nuevo día sus nuevas llamas,
Y en tus hermosos ardientes ojos
Han de secarse de ayer las lágrimas.
¿Qué vale entonces que recordemos
Que al despedirnos, tú, desolada,
Ay! me estrechabas contra tu seno
Convulso el labio, llorando y pálida;
Ni que turbado yo y afligido
Cuando en tus brazos me aprisionabas
Sintiera el eco de tus adioses
Herirme el pecho con una daga?

Tras noche triste de decepciones
Brilla el lucero de la mañana:
Las ilusiones, como las aves
Que van cantando de rama en rama,
Tornan al árbol que abandonaron;
Hacen de nuevo su nido y cantan.
De nuestra historia de pena y goce
Quedan memorias tristes é gratas
Mas las memorias son leves plumas
Que el ave deja por donde pasa....
Adios visiones del bien perdido,
Dichas fueron.....

Porque las flores y los arrallos,
Y los mirajes de la esperanza....

Adios hermosa de ardientes besos,
De negros ojos y tez de nácar;
Viente apacible lleve tu nave
A tus risueñas riberas patrias.
Bálsamo suave de lento olvido
Sane la herida que lleva tu alma!

DIÓGENES A. ARRIETA.

LLANTO.

Beñi qué fhebuni.

[Impide?]
¿Por qué no he de llorar? ¿Quién me lo
Quien habrá de decir que yo me calle?
Los gritos ¡ay! que el corazón despide
¿Quién los contiene sin que pronto estalle?
No quiero alivio, ni consejos quiero:
He de llorar ó de dolor me muero!

¿Y por qué si queréis que me consuele
No desterréis de la memoria mía
Este dolor que sin cesar me impelo
A maldecir mi insólita agonía?
¿Podéis acaso deshacer lo hecho
O el corazón matar entre mi pecho?

Tan solo así conseguireis que cesen
Estos dolores corque casi he muerto,
Y las memorias que en la ausencia erocen
Como las flores de olvidado huerto.
Si no, dejad que lloro hora tras hora.
Que si descansa quien suspira y llora.

Es tan dulce llorar, si alivia tanto
Saboreando el dolor que nos tortura.
Que si no hubiera para el hombre llanto
¿Quién pudiera aliviarle la amargura?
Nadie en el mundo diérale un consuelo,
Que el mundo rie del extraño duelo.

Oh! ¡qué alivio tendrá quien se ha fingido
Una esperanza que para él no existe?
Pobre infeliz, que hoy mismo ve sumido
Su porvenir en el pasado triste;
Para quien es el mundo frío desierto
Y no halla un corazón que no esté yerto.

Yo que bien sé que para mí se muere
Toda sonrisa en el ajeno labio;
Que si suplico, hasta mi ruego hiere;
Que mi sonrisa causará un agravio,
Sólo llorando encontraré la calma
Ay! para tanto como sufre mi alma!

J. DAVID GUARIN.

BEQUERIANA.

[En el cementerio.]

¿Cómo en el mundo la muerto
Su huella enlutada imprime!
¿Cómo, si su hoz esgrime,
Derriba al débil y al fuerte!
Horas de amor perfumadas,
Inocentes ilusiones,
Suspiros de amor... canciones
En las noches estrechadas.

Voluptuosos ensueños
Que en el alma soñadora
Fulgurais como la aurora
Sobre horizontes risueños....

¿Por qué pasais tan de prisa
Y tan fugaces, en suma,
Como en la fuente la espuma
Y en el ramaje la brisa?....

MANUEL DE JESUS.

El Trabajo.

I

Cuando el fiat de la nada
Salir hizo el Universo,
Y á un soplo de Dios los sercs
En la tierra aparecieron,

A la fuerza poderosa
Del instinto obedeciendo,
El águila, al sol mirando,
Salvó las nubes de un vuelo;

Encrespada la melena,
Corrió el león al desierto,
El jabalí á la montaña,
Y la gamuza á los hielos;

El pez surgió el Oceano,
Perseguido y persiguiendo;
Púsose astuto el raposo
Bajo el zarzal en acecho;

La hormiga labró sus trojes
Y comenzó su acarreo;
La abeja voló zumbando
Hacia la flor del romero,

Y arrancándose la alondra
Sedosas plumas del pecho,
Bajo la grama hizo el nido
Y se alzó, cantando, al cielo.

II

A poco, con limo blando
Fue modelado un sér nuevo,
Que por débil é ignorante,
Los demás escarnecieron.

Siendo su ciencia el absurdo,
Y su culto el sacrilegio,
Y la memoria su libro,
Y la fuerza su derecho.

Hoy mide y pesa los astros;
Conoce sus derroteros,
Analiza su materia
Y descubre sus misterios.

Miró hacia el sol, deslumbróse;
Corrió, faltóle el aliento;
Probó un fruto, le halló amargo;
Fue hacia otros seres, le huyeron;

Brjó al llano, se hundió en lodo;
Subió al monte, le hirió el hielo;
Se guareció en una cueva;
Y las fieras le embistieron;

Hasta que, al cabo, rendido
Y espantado, cayó al suelo
Con el caos en la mente
Y la congoja en el pecho.

¡Oh, cómo entonces cambiara
Por los músculos de acero
Del tigre y de la pantera
Los débiles miembros;

Por la hirsuta piel del oso,
La suya, que helaba el ciervo;
Su carrera fatigosa,
Por la rápida del ciervo;

Su inteligencia dormida,
Por el instinto certero,
Y sus brazos, por las alas
De los halcones soberbios!

III

Confuso y anonadado
Permaneció largo tiempo,
El suspiro en la garganta,
De llanto los ojos llenos

Y su faz entristecida,
Absorto, copiada viendo
De una fuente rumorosa
En el tembloroso espejo;

Cuando obligáronle, á un punto,
A alzar la vista á los cielos
La fúlgida luz del rayo
Y el estampido del trueno.

Y al ver que los seres todos
Horizados huyeron,
En tanto que él contemplaba,
Alta la frente y sereno,

Cómo las nubes corrían
Impulsadas por el viento,
Y cómo se desgarraban
En pabellones de fuego,

Rompió en un grito salvaje
De entusiasmo y de contento;
Grito que fué la plegaria
Primera que oyó el Eterno.

IV

Ante el rayo despertóse
El humano pensamiento,
Ave audaz que á lo infinito
Se lanzó del primer vuelo.

Y, desde aquel punto, el hombre
Tuvo á los seres por siervos,
Por esclava la materia,
Y la inmensidad por templo.

Albergue buscó en la gruta,
Vistió su desnudo cuerpo,
Armóse y venció á la fiera,
Robó la lumbre al incendio.

Apacentó los rebaños,
La tienda alzó en los desiertos,
Amasó la blanda arcilla,
Tramó la red, forjó el hierro,

Y sureó las bravas olas
De los mares con el remo,
La tierra con el arado,
Y con la mente los cielos.

V

De entonces nada resisto
A sus trabajos de Auteo,
Y á la verdad y á la dicha
Va de progreso en progreso.

El marino recorria
Los mares sin rumbo cierto,
A merced del oleaje
Las corrientes y los vientos;

Una cordillera, un bosque
Enmarañado y espeso,
Eran muros que encerraban
Al hombre en límite estrecho;

Con la brújula por guía,
Surca los mares soberbios

Tan seguro como el ave
La región del firmamento;
Mina las altas montañas
Con la pólvora y el hierro;
Salva el abismo con puentes;
Hace de un istmo un estrecho,
Y por un hilo de alambre
Trasmite su pensamiento,
Con la rapidez del rayo
De un continente al opuesto.

VI

El trabajo es ley forzosa;
Todos los hombres obreros,
Este que guía un rebaño,
Aquel que gobierna un pueblo;

Lo mismo el que ará la tierra
Que el que interroga á los cielos;
El que piensa, y el que imprime
En el libro el pensamiento.

¡Bendito el trabajo sea;
Fuente de paz y consuelo,
Nobleza de los humildes,
Y de los malvados freno!

El dió á conocer á Newton
Las leyes del firmamento,
Y la carrera del globo
Al insigne Galileo;

El dió á Guttemberg la idea
De mortalizar el verbo,
Y entregó á Franklin el rayo,
Y á Colón un mundo nuevo;

Y él, en fin, prestando fuerza;
Constancia y luz á los genios,
Levantó las catedrales.
Díctole estrofas á Homero;

Esculpió el mármol con Fidias,
Pulsó la lira de Orfeo,
Con Velasquez pintó al hombre,
Y con Murillo los cielos.

JOSÉ VELARDE.

El Secretario de Gobierno de Cundinamarca dice estas notables palabras, en su Memoria al Gobernador del Estado:

"Conjunto inmenso de inmoderadas aspiraciones, para cuya consecución se ponen en práctica todos los medios de todas clases: eso y sólo eso es en mi sentir, nuestra política."

Se nos asegura que cierto General viejo, ha resuelto publicar otro manifiesto en el cual presentará á la consideración del mundo tres cuestiones. Ese señor tiene la manía de las tres cuestiones, y no escarmenta aunque ella le produjo muy malos resultados allá por los años de 1879.

En 1876 fué comisionado para arreglar ciertas dificultades relacionadas con la ocupación de las tierras indultadas de Chiriquí.

Fuó el ciudadano gallardo, convocó á varios caballeros, se sentó en frente de ellos, cruzó las piernas, movió el artístico pie en graciosas oscilaciones, colocó el rostro sobre la mano derecha, tosió fuerte y al fin habló de un modo dulce y tierno.

Qué dijo?
Poca cosa sobre la luna; y mucho sobre la cuadratura del círculo.

Terminó sometiendo estas tres cuestiones:

1.º Es la concordia una tangente adecuada para que el rocío caiga más temprano?

g.º Dado que así sea: el arbitraje entre los pueblos antediluvianos es el que marca el porvenir de nuestra raza oriental?

3.º Si yo me colocó en el vértice, qué será de las constelaciones inventadas y por inventar?

El auditorio se entusiasmó... pero no se atrevió á contestar... y la misión quedó cumplida satisfactoriamente.

No garantizamos el relato; no hacemos sino repetirlo.

NOTA AL GOBIERNO DE PANAMÁ.

Estados Unidos de Colombia.—Poder Ejecutivo nacional.—Secretaría de Gobierno.—Sección 1.ª—Número....—Bogotá, 31 de Octubre de 1884.

Señor Secretario de Gobierno del Estado—Panamá.

El señor General Carlos A. Gónima ha comunicado al Poder Ejecutivo, por telegrama, que se han rendido las fuerzas rebeldes que existían en ese Estado. En consecuencia, el Poder Ejecutivo

ordena á usted que inmediatamente haga seguir á los responsables del delito de rebelión el juicio correspondiente, y que dicte todas las providencias conducentes á hacer eficaz su castigo, pues es imposible dejar impunes los atentados por ellos cometidos.

El Poder Ejecutivo espera igualmente que usted se servirá dar cuenta detallada é inmediata á este Despacho, de todo lo que se haga en este asunto en que está comprometida la honra de la República.

Soy de usted muy atento seguro servidor,

SANTOS ACOSTA.

El Secretario de Gobierno del Estado no ha recibido esa nota: la ha leído en el número del *Diario Oficial*.

Pero aún suponiendo lo contrario: ¿cómo habría podido cumplir las energéticas órdenes del Gobierno general?

Responsables del delito de rebelión no son tan sólo los que ostensiblemente aparecieron en el campo; lo son también, y acaso en más alto grado, los que teniendo las influencias que da la fuerza material, estimulan el descontento, provocan el desorden y garantizan la impunidad.

Proceder contra unos y no contra otros, equivaldría á consumir un acto injusto á todas luces.

El verdadero y el falso valor.

El niño Guillermo pasaba con su padre por las calles de su pueblo, cuando dos perrillos sucios y flacos corrieron tras de él ladrando de tal manera, que cualquiera hubiera creído que iban á morderle.

Volviéndose Guillermo repetidas veces, los obligó á detenerse; pero tan pronto como dejaba de mirarlos, corrían de nuevo los perrillos ladrando constantemente, como si fueran á morderle los talones.

Esto duró hasta que llegaron á la puerta de una casa, al lado de la cual había un enorme perro mastín, que se calentaba al sol. Guillermo tuvo miedo del animal, y pasó al lado de él estrechándose contra su padre; pero el perro no hizo el menor movimiento, ni pareció fijarse en el niño.

Más adelante encontraron una manada de gansos, que extendieron hacia ellos su largo cuello, abriendo el pico y las alas. Parecía que iban á atacarlos; pero Guillermo no se asustó; más bien se rió de ver los movimientos tan sonoros de aquellos animales.

Por último, encontraron varias vacas y caballos, y Guillermo experimentó de nuevo algún temor á la vista de aquellos animales; pero éstos continuaron tranquilamente su marcha contentándose con tomar algunas de las hierbas que encontraban en el camino.

—Papá, dijo entonces Guillermo, ¿por qué es que aquel perro grande y estos animales que acabamos de encontrar, han permanecido tranquilos cuando nos han visto; mientras que los perrillos no han cesado de ladrarnos?

—Así sucede en efecto, hijo mío, contestó el padre, que los que son más débiles, parecen los más inclinados á provocar á los demás. Se esfuerzan de esta manera en aparentar valor, y en el fondo no son otra cosa que cobardes.

Los animales grandes que tienen la conciencia de su fuerza, no sospechan en los demás la intención de atacarlos, y como no temen ninguna agresión, permanecen tranquilos porque están seguros de que pueden defenderse, si alguien quiere hacerles daño.

Así sucede también con algunos hombres, que son débiles y al mismo tiempo cobardes por carácter. Hacen mucho ruido, y creen que porque gritan y desafían á todo el mundo, serán considerados como valientes. Pero esto es un error, porque esos aires generalmente no encubren sino la cobardía.

El que tiene un carácter verdaderamente elevado es tranquilo y apacible. No teme las injurias y á nadie ataca; más bien no hace caso de las pequeñas ofensas. Está siempre más dispuesto á perdonar una injuria, que á conservar rencor,